

El espacio entre nosotros

En la noche cerrada, un náufrago descansa en una balsa de madera, mientras el océano lo mece con tranquilidad. Sus pies están sumergidos y por debajo puede ver incontables peces resplandecientes, pequeños puntos de colorida luz que surcan las aguas con destinos inciertos, creando un precioso mosaico de gemas brillantes desperdigadas en las tinieblas.

Es difícil decir con exactitud de dónde vino o hacia dónde se dirige: ni siquiera él lo tiene claro. Se limita a admirar sus alrededores y gozar del viaje. El paisaje es precioso, pero comienza a hacer frío. Rebusca en su bolsillo y encuentra un mechero, a salvo de la humedad, con el que prende un pequeño farol. Su luz espanta a los hermosos peces, pero al menos le ayuda a calentarse.

De repente, cree vislumbrar algo en la lejanía: otra lumbre se ha encendido, revelando una balsa idéntica a la suya, que flota a la deriva sobre el mar oscuro. Emocionado, se vuelve para mirarla con atención y descubre en ella a una dama. Mientras los dos se observan en silencio, una marea de preguntas asola al náufrago: “¿Vendrá del mismo lugar que yo?”, “¿Sabrá algo de este océano que yo no sé?”, “¿Sentirá tanta curiosidad por mí como yo por ella?”. Están demasiado lejos como para oírse, más aún sobre el rumor de las olas, y ni siquiera sabe si hablará su mismo idioma. Por ahora, su muda compañía es suficiente: pasan horas uno frente al otro. No hacen falta palabras ni roces; saber que alguien comparte su odisea es en sí mismo reconfortante.

Mas la soledad es aterradora y el silencio abrumador, así que, sin pensarlo dos veces, mete su brazo en el agua y comienza a remar hacia ella. Cuando levanta la cabeza de nuevo, exhausto, se da cuenta de que no ha avanzado lo más mínimo: necesita algo más robusto para remar. Arranca uno de los tablones de su balsa y se impulsa con él, dando largas y fuertes remadas, también en vano, hasta que el madero se escapa de entre sus manos y cae al agua.

Es entonces cuando se da cuenta: una corriente lo está arrastrando, separándolo de la mujer. No importa cuán rápido ni durante cuánto tiempo reme, el tesoro que anhela seguirá alejándose impasible. Desolado por la revelación, suspira profundamente y hunde de nuevo los pies, con la vista fija en la mujer, quien le dedica una sonrisa con un matiz de tristeza, apenas apreciable por la distancia. Ese simple gesto es suficiente para calentar el corazón del náufrago más de lo que su llama jamás podría.

La isla de luz va haciéndose más y más pequeña conforme el espacio entre ellos crece, y no hay forma de impedirlo. Mecidos por el suave vaivén de las olas, resignados a su inevitable sino, los dos extraños dejan que las corrientes del océano los separen lentamente. Solo pueden agradecer la oportunidad de conocerse, aunque solo fuera durante unos momentos.

Como náufragos, los humanos despertamos en una balsa, surcando a la deriva un océano oscuro y hermoso; un Universo en expansión. Escrutamos el horizonte en busca de respuestas y de compañía; de una cura para nuestra soledad, y descubrimos que las corrientes del Cosmos nos alejan a imposibles velocidades de incontables galaxias, que observamos, deslumbrados e impotentes, hasta que desaparezcan de nuestra vista.

Solo podemos agradecer la oportunidad de admirar y conocer esos reinos intangibles, aunque sea desde la lejanía.